Año I Montevideo, Agosto de 1917 N.° 2

ACCIÓN FEMENINA

REVISTA MENSUAL
DEL
CONSEJO NACIONAL DE MUJERES DEL URUGUAY

HAZ A LOS OTROS LO QUE QUISIERAS PARA TI | NO PARA EI LA MISMA SINO PARA LA HUMANIDAD

Feminismo

Hablemos con serenidad. Nuestro Consejo ha encontrado, en el espíritu de las personas cultas, un amplio y favorable apoyo. Particularmente aquellos que han recorrido otros pueblos y otras civilizaciones, aquellos que han conocido la marcha de la cultura en Europa y América del Norte, han tenido para nuestra obra palabras de alabanza y de aliento.

Más aún: se nos ha manifestado que nuestro Consejo llena un vacío en el país, donde hasta ahora no se había constituído sociedad alguna de cultura femenina, de amplia cultura general, que programara, como la nuestra, la expansión de la inteligencia y actividades de la mujer, en todas sus formas y modalidades; asociación de emulación y de estudio, no constituída para crear obras, sino para estudiar la mejor manera de realizarlas, fomentando y estimulando la buena voluntad y celo de nuestras mujeres; estudiando la mejor y más científica al par que práctica manera de realizar el bien, y sugiriendo la forma de llevarlo a cabo; y cultivando al mismo tiempo la ayuda mutua por medio de la asociación de todas las actividades femeninas, dispersas y a veces encontradas.

En nuestro país, estas actividades hasta ahora se han manifestado, sobre todo, en obras de asistencia o beneficencia, tal vez porque una sociedad nueva como la nuestra, no ha osado elegir otra forma sino aquella que ha sido siempre la primera inspiradora de las asociaciones femeninas: la práctica del bien.

Fué siempre esta la primera etapa realizada por la mujer al franquear las puertas del hogar, para ofrecer su brazo y su cerebro al trabajo universal de la civilización. Mas, al ensanchar su horizonte, nuevas e insospechadas vías se ofre-

cieron a la amplia observación de su mirada, y nuevos objetivos a su actividad y a su inteligencia.

Como el pichón al borde del nido contempla la extensión de los espacios y siente estremecer sus alas, y al extenderlas se lanza en raudo vuelo a la conquista del infinito azul; así el espíritu de la mujer, al dar su primer paso fuera del hogar, movida por hondo sentimiento de piedad, va observando con curiosa mirada la extensión infinita del progreso y deja volar su pensamiento sobre el campo fecundo del trabajo: *El feminismo ha nacido.*

Y he ahí pronunciada la terrible palabra: ¡Feminismo! Piedra de escándalo de los espíritus obtusos o timoratos; fantasma asustador de las conciencias enquistadas; sinónimo, para los ignorantes y retrógrados, de disolución del hogar, de abandono de los hijos, de relajación de costumbres, de *snobismo*, excentricidad y desequilibrio; creación antinatural, disolvente y anárquica de histéricas matoides, marimachos y solteronas, pretensión ridícula y absurda, merecedora de las más punzantes burlas, de las más feroces ironías, de las más implacables sentencias!

*
* *

Y, sin embargo, ese maltraído *feminismo* es inocente de tantos horribles crímenes como se le imputan. ¿Qué es, qué busca, qué pretende el feminismo? Pues, sencillamente, cosas muy justas, muy naturales, muy sociales.

Quiere el feminismo demostrar que la mujer es algo más que materia creada para servir al hombre y obedecerle como el esclavo a su amo; que es algo más que máquina para fabricar hijos y cuidar la casa; que la mujer tiene sentimientos elevados y clara inteligencia; que si es su misión la perpetuación de la especie, debe cumplirla más que con sus entrañas y sus pechos: con la inteligencia y el corazón preparados para ser madre y educadora; que debe ser la cooperadora y no la súbdita del hombre; su consejera y su asociada, no su esclava...

Pretende el feminismo que, en la vida del hogar y en la maternidad, haya conciencia en las resoluciones y responsabilidad en los actos; que tenga la mujer plenos derechos para administrar su hacienda o su salario; que las leyes establezcan para la mujer el pleno ejercicio de sus derechos en la tutela y en la educación de sus hijos, y le exijan, en cambio,

la responsabilidad completa de sus determinaciones, para cuya acción es necesario que adquiera el completo desarrollo en sus funciones de juzgar y razonar, cuya madurez no se adquiere sino con el pleno conocimiento de la vida.

Pide, como corolario, que la educación de la mujer sea completa, que se le dé la integridad en el desarrollo de su inteligencia y su carácter, para que pueda afrontar la vida serena y consciente; y consciente y serena encaminar por la recta vía, la marcha educativa de sus hijos.

Pretende el feminismo demostrar con *hechos* que la capacidad para los actos del espíritu no es una cuestión de sexo, sino de individuo. Que el ser varón o mujer no es una facilidad o un obstáculo para el desempeño de las diversas especulaciones del espíritu y de las distintas ocupaciones que responden a la actividad humana. Que es la mujer equivalente al hombre, como valor social, y no hay por eso mismo razón alguna que justifique la eterna minoría de edad en que la colocan las leyes de casi todos los países.

Que en el desempeño de todo trabajo, se establezca la justa apreciación del rendimiento producido, y que, por lo tanto, se suprima la injusta depreciación de la mano de obra femenina; que se establezca una equitativa fórmula que, independientemente del sexo, remunere igual trabajo con igual salario.

Quiere el feminismo que todas las actividades del trabajo y del espíritu sean ampliamente abiertas a la mujer, en las artes, las industrias, las ciencias y las letras.

Quiere, en una palabra, que, en la constitución de las sociedades, tenga cada individuo la libertad de hacer de su vida lo que sus aptitudes y sus condiciones le permitan; disponer de ella como sus deberes humanos se lo dicten; quiere, en fin, que en la apreciación de los valores sociales se prescinda del sexo para considerar solamente la persona.

He ahí, en pocas palabras, algunas de las pretensiones del feminismo. No hay, en verdad, por qué pronunciar condena sobre sus justísimas aspiraciones.

Para combatirlo acerbamente no hay más razones que aquellas aducidas en todos los tiempos, para todas las renovaciones sociales.

Hay, de parte de los hombres, el derecho del más fuerte; de parte de las mujeres, los siglos de sujeción en que han vivido: la funesta ignorancia, y, doloroso es confesarlo... la cobardía moral de los seres oprimidos, esa cobardía que im-

pulsó en otras épocas a los esclavos libertos, a implorar nuevamente sus cadenas.

*
* *

Cuando las primeras valerosas mujeres osaron afrontar la opinión pública, para proclamar su derecho a la vida del espíritu y del trabajo, ruidoso fué el escándalo.

Desde los célebres tiempos en que los teólogos se reunían solemnemente en importantes concilios para dilucidar *si la mujer tiene alma;* hasta las emocionantes horas en que miss Jeanne Rankin da en el Parlamento Americano su voto favorable a la entrada de los Estados Unidos en la feroz conflagración que nos devora; largo es el camino recorrido, y larga, penosa y admirable ha sido la tarea.

Desde la inmortal filósofa de Alejandría, la desventurada Hypatía, masacrada por la ignorancia del fanatismo, allá, en los albores de la era cristiana, ¡cuántas abnegaciones y sacrificios costó a la mujer el derecho de demostrar su inteligencia!

He ahí a la suave y dulce Sofía Germain, cuyos primeros estudios matemáticos fueron hechos, robando las horas al sueño; alumbrándose con cabos de vela, procurados a hurtadillas, y encerrada en un armario para no ser sorprendida!

He ahí a la enérgica Olimpia de Gouges, con su audaz afirmación de que "la mujer nace libre y es igual en derechos al hombre...", mártir de sus ideales, expiando en el cadalso la audacia de sus convicciones.

He ahí la dulce figura de Isabel Blackwell, vagar por Inglaterra y Francia, después por América, llamando, como el judío errante, a la puerta de todas las universidades, que se cerraban escandalizadas ante su pretensión exorbitante de *¡estudiar medicina!* He ahí su paciente figura, vestida con el delantal de las enfermeras de la Maternidad de París, ocultando, como una vergüenza, la gloria de ser la primera mujer graduada de Doctora en Medicina!

Vedla ejercer su profesión entre las burlas y sarcasmos, con escándalo de sus colegas, que hasta rehusaban acudir a sus llamados a consulta!

Vedla buscar hospedaje negado hasta por las casas de pensiones!

Vedla cruzar las calles en medio de escándalo tal que hasta los pilluelos callejeros se creyeron autorizados a arrojarle piedras!

He ahí, también, a la primera mujer abogada, la valiente dama belga, María Popelin, pleitear veinticinco años para obtener el derecho de estrado, y morir sin haberlo conseguirlo. He ahí, después de ella, a Mme. Jeanne Chauvin, batallar diez y ocho años para obtenerlo!

Hoy, en cambio, vemos con legítimo orgullo a Mme. Curie en el Instituto de Francia; a Mlle. Klumpke en el Observatorio de París; a su hermana Mad. Déjerine, en la Academia de Medicina de Francia; a Miss Jeanne Rankin en el Parlamento Americano.

Merced a millares de abnegadas luchadoras con fe de apóstol, la mujer se ha conquistado un puesto en el grande *stadium* de la lucha. En los países de más amplia cultura, no se discute ya la capacidad de la mujer como valor social. No se le niegan *aptitudes:* se le niegan *derechos.*

Se reconoce el feminismo como una fuerza, y como una fuerza tal que entra en cuenta entre los factores sociales adversarios de los injustos conservatismos establecidos por leyes más atrasadas que las sociedades mismas.

Y estas nuestras consideraciones se refieren a la época histórica que cerró su ciclo para Europa y América del Norte el 1.° de agosto de 1914.

De entonces acá, en medio del espantoso cataclismo que convulsiona al mundo civilizado, se ha levantado la figura gloriosa de la Mujer Moderna, de la mujer preparada para la lucha y para el trabajo por ese combatido y despreciado feminismo; para guardiana eterna de los destinos de la raza; para recoger y custodiar, como las antiguas vestales, la centella divina de la civilización y del trabajo; en tanto que se anegan los hombres en rojos cenagales amasados con músculos y sangre!

Cuando llegue la hora feliz de la calma, cuando cese la asoladora tempestad, en las ansiadas horas de la paz y la concordia; cuando los hombres y los pueblos vuelvan, como las aguas desatadas del torrente, a encauzar sus olas agitadas en la serena ruta del progreso, una fuerza más se habrá agregado al mecanismo social: LA MUJER NUEVA: en la integridad de su potencia anímica; en la conciencia de su experimentado valer, y en la tranquilidad severa de ser al mismo tiempo dueña del porvenir de la raza, puesto que en sus entrañas palpitan en secreto las generaciones futuras; y dueña también, al par del hombre, de la dirección y el destino de esa misma humanidad, cuyo porvenir supo, en las aciagas

horas de la tormenta, proteger contra el desastre y conservar para el futuro.

Esta magnífica demostración de su propio valer, es un paso gigante hacia el triunfo del ideal feminista.

Esa demostración de sus aptitudes en todas las esferas, en todos los trabajos, en todos los conceptos, esa contribución invalorable, que las mujeres de todos los países han aportado en estas horas de desequilibrio nefasto; sellan con la fuerza de los hechos consumados las por tanto tiempo discutidas afirmaciones del Feminismo: con la lógica cerrada de un silogismo, con la singular claridad de un corolario, luce la demostración de su principio fundamental:

En la vida de la humanidad, la mujer es equivalente al hombre; en la vida de la sociedad tiene su mismo valor...

El prejuicio de los sexos ha fenecido! Comienza la hora de la reparación: ¡el reconocimiento de los derechos femeninos!

Será esa la obra del ciclo histórico que iniciará la paz, y nuestro siglo arcaizará la palabra *feminismo*, como el pasado arcaizó la palabra *esclavitud*!

PAULINA LUISI.

A la prensa

ACCIÓN FEMENINA agradece la amable acogida con que la Prensa ha recibido su aparición en el periodismo.

Nuestras madrinas

El Consejo Nacional de Mujeres del Uruguay ha sido fundado en nuestro país por insinuación de tres nobles damas, orgullo para nuestro sexo y honra para su país: Mme. Jules Siegfried, Mme. Avril de Sainte-Croix y Mlle. Marie Bonnevial.

Al solicitar la incorporación de nuestro Consejo al Internacional, es el Consejo de Mujeres de Francia quien patrocinará este pedido y nos presentará al Comité Directivo In-

ternacional, lo que significa un alto honor para nuestro naciente Consejo, que procurará seguir en su marcha triunfadora a aquella brillante institución.

Ojalá esta obra de mujeres pueda conquistar para nuestra Patria el título glorioso que le conquistaran sus leyes y sus instituciones: la Francia Americana!

MME. JULES SIEGFRIED

1.ª Vicepresidenta del Consejo Internacional de Mujeres. Presidenta del Consejo Nacional de Mujeres de Francia

De porte señorial, de fino e inteligente rostro, cuya hermosa frente cubren blanquísimos *bandeaux*, Mme. Jules Siegfried encarna realmente el tipo de la gran dama francesa.

Su afable trato, noble y sencillo a la vez, atrae y seduce, y el visitante de su regio hotel del Boulevard Saint-Germain está lejos de suponer, al encontrarse en su presencia, que la bondadosa señora es una de las columnas del feminismo francés.

Es que, con su *savoir faire* inimitable, la mujer francesa, tan perfectamente encarnada en Mme. Siegfried, ha comprendido que el verdadero feminismo no está en los vanos alardes de gritos sediciosos y reclamaciones de barricadas, y que la distinción y el tacto profundamente femeninos, la bondad acompañando a la firmeza, son también poderosas palancas para mover la opinión.

Y estas cualidades se reflejan naturalmente en el rostro sereno y en los suaves gestos de esta noble mujer, que hace más de veinte años viene consagrando su vida a elevadas empresas. Con Mlle. Sarah Monod, Mme. Avril de Sainte Croix y Mlle. Bonnevial fundó, en 1900, el Consejo Nacional de Mujeres Francesas, ocupando entonces el cargo de Vicepresidenta.

Compañera y colaboradora eficaz de su marido el senador Jules Siegfried, ella se ha ocupado con amor de las cuestiones relativas a la higiene social.

Maire del Havre, después diputado, más tarde ministro, comenzó su esposo, Mr. Siegfried, toda una serie de trabajos y obras filantrópicas, dedicándose con especial amor a las cuestiones relativas a la vivienda obrera y habitaciones baratas y salubres, de cuyo Consejo Superior es Vicepresidente. Colaborador, con Mr. Paul Strauss, en todas las obras filantrópicas, y miembro del Comité Directivo de la Sociedad Inter-

nacional sobre cuestiones de Asistencia Social, Mr. Jules Siegfried encontró en su compañera la más decidida e inteligente colaboradora, y la distinguida señora amplió sus trabajos con notables estudios sobre las principales cuestiones de higiene y asistencia social.

Ella se ha ocupado especialmente de la obrera, de sus dificultades de vida y de su bienestar. Ha fundado la Obra de las *Villegiaturas del trabajo femenino,* que posee actualmente catorce hotelitos al borde del mar o en el campo, y donde las obreras fatigadas pueden ir a descansar un tiempo prudencial, gozando así de horas de solaz, tan escasas en su vida.

Ha organizado también el Círculo Mutualista del Trabajo Femenino, verdadero hogar, donde las obreras son ayudadas prácticamente, y donde se trata de despertar en su espíritu el sentimiento de sus deberes actuales, en relación al gran empuje del feminismo en todas las clases sociales.

Mme. Jules Siegfried es también Presidenta de la Liga de Educación Moral, la que trabaja con un espíritu de absoluta neutralidad religiosa, buscando despertar en todas las personas un sentimiento altruista y colectivo de la vida.

Para aquellos que pretenden hacer del feminismo un fantasma, equiparándolo a un antinatural masculinismo; para aquellos y aquellas que ven en el feminismo la negación de la exquisita sensibilidad femenina, y que pretenden hacer de la mujer sufragista una enemiga de la paz del hogar y de la educación de la familia, Mme. Jules Siegfried es un desmentido palpitante.

La Presidenta del más feminista de los Consejos Nacionales, es un ejemplo de las virtudes familiares, y sus aspiraciones sufragistas no le han impedido ser la más exquisita compañera y la más ejemplar de las madres de familia.

MME. AVRIL DE SAINTE-CROIX

Presidenta del Comité Internacional de Igualdad Moral y Trata de Blancas y Secretaria del Consejo Nacional de Mujeres de Francia

Savioz, seudónimo de Mme. de Sainte-Croix, dice la "Revue Encyclopédique de Larousse", en su hermoso artículo sobre la mujer moderna, es una escritora y periodista, pero, sobre todo, una novelista exquisita. Sus deliciosos croquis del "Pays des Ruthènes", palpitan de vida y de verdad. Nada de amanerado, ni de rebuscado; en la obra de Mme. de Sainte-Croix,

hay una vigorosa y amplia pintura de costumbres, a veces hasta sombría, pero iluminada de trecho en trecho por la magnífica Idea."

Era en los comienzos de su vida de luchadora, cuando aún sonreían a su espíritu los halagos de la vida mundana.

De la antigua y nobilísima familia de los Sainte-Croix, casó con un distinguido e inteligente ingeniero, Mr. Avril, residiendo algún tiempo en España.

Vueltos a la patria, reanudó Mme. Avril su labor, inspirada en los generosos sentimientos de solidaridad y justicia.

Publicó, entre otras muchas, una hermosa obra, titulada *El Feminismo*, con prefacio de Víctor Margueritte. Es la historia del feminismo en Francia, y en ella estudia el admirable movimiento de la mujer francesa, por la reivindicación de sus derechos civiles y políticos.

Mme. Avril de Sainte-Croix es una feminista ardiente y decidida; es una entusiasta, y sabe inspirar entusiasmo para todo lo que ama y defiende. Trabaja y hace trabajar. Junto a ella, hasta los más apáticos se exaltan, y los tibios se enardecen.

Elegante, y sobre todo graciosa, con el aire de las marquesas de Luis XV que completa su blanca y rizada cabellera, mujer, muy mujer, con *charme* y seducción completamente femeninas, francesa en todos sus detalles, hasta en la adoración apasionada por su Francia, con esa punta de exaltación patriótica del francés de raza, Mme. Avril de Sainte-Croix es una de las más descollantes figuras entre las innumerables mujeres que honran a la intelectualidad europea.

Tiene un singular talento de organización, probado en un sinnúmero de obras y fundaciones, entre las que se destaca el Consejo Nacional de Mujeres Francesas, del que, desde su fundación en 1901, es la Secretaria General y alma de su movimiento.

Sufragista militante, ha dedicado lo mejor de sus actividades y de su talento, a la más delicada y ardua de las cuestiones que conmueven el feminismo en todos los países: la escabrosa cuestión de la Trata de Blancas y la Unidad de la Moral.

En 1900 fundó un refugio para las jóvenes lanzadas al arroyo por la miseria, el abandono y las malas frecuentaciones.

Su "Oeuvre pour le relèvement des femmes" es una admirable organización que bien pudiera servir de modelo a más de una institución de Estado.

Es a la Lucha contra la trata de blancas y a la Unidad de la Moral, que Mme. Avril de Saint-Croix ha reservado lo mejor de sus energías. Entablando valientemente la lucha contra ese abyecto comercio, ella ha trabajado con energía por la abolición de la ignominiosa "Policía de costumbres", felizmente, y para honra de la civilización francesa, abolida después de interminables combates.

Miembro activísimo de la "Federación Internacional Abolicionista", ha tomado parte en numerosos congresos y conferencias, y es considerada como uno de los más conspicuos miembros de esa asociación que cuenta millares de afiliados pertenecientes a todos los países del mundo.

La vi en la Conferencia de Portsmouth, en 1914, en que tuve el honor de acompañarla, presidir en nombre de Mr. Ives Guyot, tan importante Congreso, en el que figuraban personalidades como el doctor Rist, de la Charité; el doctor Santolíquido, por muchos años Director de la Asistencia pública en Italia y actualmente Presidente del "Bureau International d'Hygiène"; el arzobispo de Canterbury; Mr. James Bronson Reynolds, Presidente de la Sociedad Norteamericana de Higiene Social; Sir James Stuart; el doctor Von Düring; Sir Víctor Horsley...

Bajo el Ministerio Combes, con motivo de la ley Béranger (supresión del "Régime des Moeurs") el Gobierno Francés nombró una Comisión extraparlamentaria para asesorar a las Cámaras, como es de práctica en ese país, y formada por magistrados, médicos, miembros del Parlamento, síndicos (maires) y otras personas elegidas todas entre las más eminentes de Francia, y una sola mujer, cuya cooperación fué por todos ellos juzgada indispensable: Mme. Avril de Sainte-Croix.

Cuatro años trabajó esta Comisión estudiando con altura y dedicación el problema complejo de las costumbres, la higiene y la dignidad femeninas.

Desde hace catorce años es Presidenta de la Comisión Internacional para la lucha contra la Trata de blancas, y de la Unidad de la Moral, en el Consejo Internacional de Mujeres. En todo este tiempo ha combatido incesantemente contra los traficantes de *esclavas blancas*, y se deben a sus activísimos esfuerzos las mejoras legales establecidas contra ese infame comercio.

Al mismo tiempo, dirige una activa propaganda, jamás interrumpida, por el triunfo de las ideas de la igualdad de deberes y derechos de ambos sexos en el dominio de la moral.

El año pasado fué encargada por su Gobierno de una misión especial y de estudiar la situación de Grecia respecto a Francia y países aliados.

A fines de este mismo año, el Consejo Nacional Francés creó "L'Office Central de l'Activité Feminine", para organizar y distribuir el trabajo de las numerosas mujeres que sustituyen a los hombres llamados bajo banderas. El Gobierno Francés ha tomado cartas en el asunto, dando a esta Oficina carácter oficial. Diariamente envía partes y estados a la Subsecretaría del Ministerio de la Guerra, y recibe órdenes. Es una verdadera repartición de aquel Ministerio.

Mme. Avril de Sainte-Croix ha sido su organizadora y es su directora: en estos momentos, dedica a esa obra de alto patriotismo, todo su talento y toda su abnegación.

MLLE. MARÍA BONNEVIAL

1.ª Vicepresidenta del Consejo Nacional de Mujeres de Francia
Presidenta de La «Ligue Française pour le Droit des Femmes»

Nacida en Rive de Gier, María Bonnevial se consagró, por vocación, a las tareas de la enseñanza. Se inició en ellas a los diez y ocho años, y siendo muy joven aún, fué designada Directora de la Escuela comunal de Lyon, a cuyo frente estuvo diez años. Pero su espíritu independiente por una parte, y los desconfiados y tiránicos procederes del segundo Imperio por otra, la alejaron de las tareas oficiales.

Ardiente republicana, profundamente enamorada del ideal democrático, fué una de las organizadoras de "Les Ecoles libres et laïques". En 1870, durante la guerra, organizó una ambulancia y se consagró al cuidado de los heridos.

Había ya fundado varias sociedades independientes, un círculo literario y una coral para mujeres.

"Oradora distinguida, Mlle. Bonnevial fué la primer mujer delegada a la Exposición de Viena, hace más de 40 años, por los trabajadores de Lyon; demostró en ese cometido un talento y una superioridad tal, así como en diversos *mitines* y conferencias, que hasta sus mismos adversarios hubieron de ceder ante la lógica irresistible y las indiscutibles afirmaciones del notable Informe presentado en aquella Exposición." ("La Revue Encyclopédique", de Larousse, 1896).

Los acontecimientos políticos de 1873 la obligaron a expatriarse. Se retiró a Constantinopla, junto a su hermano, y allí también ejerció el magisterio como un apostolado. Vuel-

ta a su patria, se radicó definitivamente en París, donde desempeñó durante largos años el profesorado en una de las grandes Escuelas profesionales de aquella capital. Dejó por fin la enseñanza después de 50 años de ejercicio, 33 de los cuales al servicio del Estado.

Dedicada desde su primera juventud al estudio de las cuestiones sociales, se interesó también apasionadamente por todas las cuestiones de protección a la infancia, fundando numerosas obras y patronatos.

Fiel a sus primeras simpatías, se consagró a todos los problemas del *Trabajo*, tomando parte en la creación de diversos sindicatos obreros y en la dirección de la "Oficina Nacional del Trabajo", lo que le valió el honor de ser la primera mujer llamada por el Gobierno de Francia para formar parte del Consejo Nacional Superior del Trabajo. Agreguemos que desde hace años ha sido condecorada con las palmas de "Officier d'Académie".

En su larga vida, dedicada toda ella al bien de la humanidad, ha prestado y presta aún su concurso a numerosos grupos de centros y sociedades, entre las cuales ha contribuído a fundar: el Comité General de la Bolsa del Trabajo, la Confederación General del Trabajo, la Oficina Nacional del Trabajo, el Sindicato de la Enseñanza, la Liga por el Derecho de las Mujeres, las Cajas Escolares, el Patronato del 18.º distrito, la Obra de Salvación de la Infancia, la Oficina de Beneficencia, el Consejo Nacional de Mujeres, etc.

"La existencia de esta noble mujer, toda abnegación, indica una energía viril a la que acompaña una tan excesiva modestia que oculta en la penumbra a esta admirable luchadora, que en el momento de la acción y el trabajo aparece siempre en primera fila." (op. cit.).

Mlle. Bonnevial es una ardiente pacifista. Recuerdo haberla oído, en los últimos días de julio de 1914, hablarnos con ese cálido entusiasmo que la distingue, de las hermosas perspectivas de sus ensueños de paz... el 23 de julio todavía presidió la última conferencia pacifista, en París...!

Las trágicas horas que ha vivido la Francia desde entonces, si deshojaron sus ilusiones de fraternidad y de concordia, no han apagado por eso sus bríos... a los setenta y seis años organiza todavía una Oficina de Trabajo para las mujeres desocupadas y necesitadas, por efecto de la guerra; y coopera, aún en estos momentos, como Vicepresidenta del Consejo Nacional, al *Office Central de L'Activité Feminine*, la hermosa

obra encomendada por su Gobierno al patriotismo y abnegación del Consejo Nacional de Mujeres de Francia.

Terminamos estos rasgos biográficos con las frases siguientes con que, en carta fechada el 30 de mayo del corriente año, su colaboradora y amiga Mme. Avril de Sainte-Croix, rinde homenaje a los incomparables méritos de esta noble mujer:

"Usted me pide, querida doctora, noticias de María Bonnevial. Es siempre valiente, demasiado valiente, puesto que va más allá de sus propias fuerzas, de lo que su salud se resiente.

"Está siempre al frente de la "Liga por el Derecho de las Mujeres", y preside en nuestro Consejo la Comisión de Sufragio. Está en todas partes donde se haga un llamado a su voluntad y a su concurso. Es una mujer admirable. Es, de todas las mujeres que conozco y que trabajan, aquella en quien más admiro la actividad y el carácter."

*
* *

Mujeres como éstas, admirables en su abnegación y en su desinterés, llenas de juveniles entusiasmos e inacabables energías, a la edad en que los más se encierran en insensible reposo, dejando plácidamente correr las horas sobre sus provectas canas,—mujeres que consagran los años de su vida anciana, como consagraron los de la juvenil edad, a la lucha tenaz por el triunfo de nobles ideales, abstractos alguna vez, pero siempre generosos — mujeres que han dedicado todas las horas de su vida fecunda a las más grandes y elevadas causas porque inspiradas en el Bien y en la Justicia, — mujeres como éstas, que imponen la admiración y el respeto así de adversarios como de amigos; son las que, en épocas como las actuales, decisivas para la causa, habrán de asegurarle el triunfo después de la contienda.

A Ellas, que para honor y para orgullo del Consejo Uruguayo han inspirado y patrocinado su obra, nuestro más reverente homenaje de veneración y agradecido respeto.

P. L.